

Tan pronto estalla la guerra del Golfo Pérsico nuestra cátedra constituyó un grupo de investigación científica integrado por los profesores Concepción Alonso Garrán (Titular de Estructura), Antonio Sánchez Serrano (Coronel de Infantería) y Fernando Ripoll Molines (Coronel de Ingenieros), ambos de Estado Mayor.

Pronto captan que los investigadores sociales, atraídos por la magnitud de sus consecuencias, dedican máxima atención al estudio de sus antecedentes, desarrollo y desenlace. Son razones que nos impulsan a analizar cuidadosamente el copioso caudal de información bélica, centrandó sobre todo la atención en las reacciones emocionales que suscita la emisión (u omisión) de múltiples imágenes a través de la televisión.

Luego constatan la falta de documentación y, salvo excepciones, de conocimientos técnicos de carácter militar de los periodistas que cubren la información, dando lugar a no pocas deficiencias en la valoración de determinadas noticias. Y, otra, de no menor importancia, la referida a la incidencia de la línea editorial de cada medio.

La magnitud del carácter internacional de la contienda y la operatividad de los monopolios electrónicos sitúa a la información en el brete de colosales barreras, acaso no conocidas hasta el momento, determinantes de nuestra hipótesis de una naciente *victimación informativa*, que situamos, más allá de la libertad de expresión, en el ámbito de las ciencias del comportamiento, en cuanto la evaluación de sus efectos deterioran la personalidad humana en la mayor de las escalas posibles.

Tecnología y armamentismo

Es sabido que la tecnología es la que hace posible, no sólo la fabricación de un arma en concreto, sino también es la que permite su empleo eficaz en el tiempo. La fabricación lleva implícita la posesión de una tecnología suficiente para poder realizar el proyecto.

Sin embargo, el grado de posesión tecnológica iraquí se situaba sólo en la utilización y, de una forma muy limitada, en el entretenimiento y fabricación. Por eso Irak se nos presenta como un gigante con pies de barro. La "espada" iraquí era quebradiza y se sabía que no iba a soportar ni un solo golpe de la "espada" aliada, Una vez más la tecnología impuso su ley en el campo de batalla.

Desde el otro polo Estados Unidos traslada el problema a la ONU que se convertirá en el órgano legitimador de las acciones realizadas contra Irak. No es pues una decisión americana la que va a ser el motor de la acción, sino una serie de resoluciones que se concretarán esencialmente en dos: la resolución del 6 de agosto que autoriza el bloqueo como primera medida disuasoria, y la del 28 de noviembre, que autoriza el uso de "todos los medios necesarios" para recuperar Kuwait y "para restaurar la seguridad y la paz internacional en la zona" en el caso de que Irak no se retire incondicionalmente de Kuwait antes de la medianoche del 15 de enero de 1991.

Era obvio que los americanos, montados en sus caballos de acero dotados de sistemas de tiro inteligentes, iban a cruzar las tierras iraquíes a varias decenas de kilómetros por hora destruyendo todo aquello que se opusiera a su avance. Enfrente ya no había enemigo, si es que algún día lo hubo. Las fuerzas terrestres aliadas, sin encontrar una resistencia significativa, alcanzaron sus objetivos en 100 horas.

La televisión nos mostró la realidad de ese ejército fantasmagórico cuya supuesta potencia no fue más que el resultado de una manipulación de la información para justificar las acciones militares que llevaron a cabo las fuerzas aliadas. El general Schwarzkopf, al terminar el conflicto, daba gracias a los medios de comunicación porque su ayuda había sido inestimable para alcanzar la victoria. A su juicio, tales medios contribuyeron a engañar a Sadam Husein, aunque no aclaró si también engañó a la opinión pública de su propio país.

Ausencia de información suficiente

La llamada "Guerra del Golfo" no ha hecho más que confirmar lo que ya se sabía después de Vietnam: cualquier planteamiento estratégico que se haga en nuestros días tiene que tener en cuenta la opinión pública. El "éxito" americano ha sido posible en tanto en cuanto ha mantenido siempre a su favor la opinión pública, tanto la de su propio país como la

internacional.

Los medios de comunicación han analizado día a día las informaciones que se han ido produciendo teniendo en cuenta las fuentes de información disponibles. Según nos demuestra Antonio Sánchez, cualquier lector interesado ha encontrado suficiente información para seguir los acontecimientos. Esta verificación aporta un hecho esencial que hay que tener muy presente: *cualquier estrategia de empleo de la fuerza tiene que partir del hecho de que los públicos tienen que estar informados*. Tanto políticos como militares tienen que revisar sus sistemas de información y este es un buen ejemplo para iniciar una seria reflexión. La presión de la opinión pública sobre el poder es el logro más importante de las democracias y esto sólo es posible con la información. El gran error de la guerra del Vietnam es muy probable que se deba al *desprecio* que sintieron los políticos y luego los militares a la *opinión pública*. Existía una realidad social que no valoraron en ningún momento y después pretendieron convertirla en el *chivo expiatorio* de sus *desdichas*. En esta ocasión todo ha sido diferente: Estados Unidos ha llevado la parte más importante del esfuerzo pero ha tenido que contar con la comunidad internacional, cosa que no hizo antes.

En los medios de comunicación ha quedado un mal sabor de boca porque tienen la certeza de que han jugado con ellos, de que han sido instrumentos de una política intencionadamente manipuladora y que han sido manejados desde gabinetes ocultos. Han asomado algunas tímidas reflexiones sobre este tema que, por el momento, se han centrado en la casuística de los acontecimientos y en el comportamiento y presencia, tanto de algunos medios de comunicación como políticos y militares. ¿Cuál es la causa de todo esto? Las dos razones que se desprenden del estudio son las siguientes: la ausencia de un periodismo de análisis serio y la carencia de especialización de los profesionales encargados de realizar la información.

La contextualización de un acontecimiento no es proporcionar una serie de datos para que sea la audiencia quien los interprete. En este caso los principales errores se han cometido porque la valoración del ejército iraquí se hizo sólo teniendo en cuenta las cifras de armamento que proporcionaba el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, y que tanto Estados Unidos como el propio Irak no hacían más que ratificar estas cifras porque así convenía a sus planteamientos estratégicos como antes hemos visto. Faltaron los análisis de los verdaderos expertos que tendrían que estar en las filas del periodismo porque es la única manera de gozar de una independencia del juicio que no tienen profesionales procedentes de política o de la administración, por dignos y loables que sean, pero que están subordinados siempre al poder imperante, es decir a la política que sigue el Gobierno en ese momento.

El predominio de la información local y nacional sobre la internacional hace que en muchos medios de comunicación exista un gran vacío en los temas internacionales y mucho más en el análisis de conflictos armados. La especialización es la única alternativa pero hay que tener en cuenta también que se convierte en una gran servidumbre de las empresas editoriales puesto que tiene repercusiones, tanto en las plantillas de personal de las redacciones como en la organización de las mismas. El seguimiento periodístico de un conflicto bélico requiere personal especialmente preparado. La entrada de la televisión y su necesidad de disponer de imágenes de los lugares donde se desarrollan los sucesos, han revalorizado al reportero haciendo imprescindible la presencia del periodista en donde se producen los acontecimientos con el fin de obtener imágenes de la guerra. Bajo nuestro punto de vista se ha sobrevalorado el papel de la televisión en este conflicto, hasta tal punto que algunos estiman que, desde el punto de vista del quehacer periodístico, esta es la consecuencia más importante que se puede extraer de la guerra del Golfo. Transcurrido ya algún tiempo, si analizamos las imágenes que recibimos en aquellos días de enero y febrero de 1991 en nuestras casas, llegaremos a la conclusión de que a lo mejor sirvieron para popularizar la imagen de un orondo y bondadoso general – el general Norman Schwarzkopf – y la de un distante, frío y cruel jefe de estado – Saddam Husein – además de algún que otro político y comentarista surgido para esta ocasión. Los públicos siguieron las noticias por televisión, pero también por la radio y por la prensa. Ahí están las emisiones especiales de las emisoras de radio y el programa que puso en marcha la BBC inglesa que emitía 24 horas al día noticias de la guerra. Hay que decir que las cadenas de televisión fueron las que realizaron un mayor esfuerzo en cuanto a dedicar un mayor número de gente a cubrir esta información. Como es lógico, los más de 200 periodistas desplazados por la CNN tenían que producir bastante más información que ese corresponsal en solitario que tenía el diario *El Mundo*, por citar un medio escrito.

La principal limitación de la televisión está en el mismo objetivo de su cámara, que tiene que estar en los lugares donde se producen los acontecimientos si quiere ofrecer imágenes. En un conflicto armado de las características del analizado, las imágenes de un punto determinado tienen poco valor ya que la acción se extiende de forma poco definida a lo largo de un amplio territorio. La guerra ideal – si es que hay una guerra ideal – para la televisión sería la de los espacios concretos, la del Golfo ha sido de múltiples espacios y además prioritariamente nocturna. La aviación realiza sus misiones preferentemente durante la noche buscando la protección de la oscuridad. La CNN, con su archifamoso Peter Arnet, nos

ofreció los sonidos de lo que supuestamente era el ataque de la aviación americana... y poco más. La preferencia de los públicos por la televisión es algo que se produce también en cualquier otra época, haya o no conflicto. De los medios informativos españoles fueron también las distintas cadenas de televisión las que desplazaron un mayor número de hombres. La noticia se hacía concreta, anecdótica, y lo que es la información real de la marcha del conflicto se podía seguir mejor en los medios escritos que ante las pantallas de televisión. La "guerra espectáculo" ha sido una ficción que no ha tenido nada que ver con la realidad. Para los planes de los Estados Mayores era más fácil el diálogo con el periodista pendiente de captar una buena imagen que con el especialista que podía, al igual que los conductores de la guerra, disponer de un montón de información y de la tranquilidad y el reposo necesario para poder hacer un análisis fundamentado que ayude a las audiencias a tener unos marcos de referencia que le permitan mejor interpretar los hechos.

Transcurrido más de un año de la finalización de la guerra, en los medios de comunicación todo sigue igual. Tendrá que pasar más tiempo para que los periodistas dejen de proyectar la culpabilidad de la manipulación de que han sido objeto a los estados mayores de los ejércitos, y empiecen a analizar cuáles han sido sus errores, entonces es cuando paulatinamente se irán introduciendo los primeros cambios.

Los gobernantes ahora ya saben que no se puede realizar ninguna acción armada sin contar con los ciudadanos. Cualquier estrategia no se podrá llevar a cabo si en ella no se contempla la opinión pública y los mecanismos de información que hay que tener permanentemente abiertos. Esta es una garantía para los pueblos que de esta manera pueden controlar, e incluso anular, la vehemencia de cualquier gobernante que en el futuro optase por la aventura bélica.